

Misericordia: revolución de la ternura y el amor

claves para nuestra renovación



Introducción

Para el Papa Francisco, el centro del Evangelio lo ocupa el mensaje de la misericordia. Ya al ser ordenado obispo, eligió como lema episcopal, siguiendo a Beda, el Venerable (último tercio del siglo VII y primero del siglo VIII), las palabras: *Miserando atque eligendo* (mirándome con misericordia, me eligió). Y ahora la misericordia se ha convertido en una palabra clave en su pontificado, que desde el primer día ha abordado en innumerables alocuciones. Una y otra vez afirma: la misericordia de Dios es infinita; Dios nunca se cansa de ser misericordioso con todos y cada uno de nosotros, con solo que nosotros no nos cansemos de implorar su misericordia. Dios no abandona a ninguna persona, no da por perdido a nadie (cf. EG 3). Un poco de misericordia entre las personas puede cambiar el mundo.

Con este motivo conductor, ha llegado al corazón de innumerables personas, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Pues, ¿quién de nosotros no depende de un Dios misericordioso y de unos congéneres misericordiosos?

Para compartir :

¿Qué rasgos destaco del Papa Francisco?

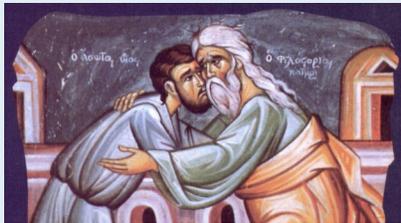
Compartamos algunas palabras o algunas actitudes tuyas que nos hayan llamado la atención.



CONGREGACIÓN SALESIANA
PASTORAL JUVENIL CHILE

Una mirada a la reflexión bíblico-teológica

La misericordia es uno de los principales temas bíblicos. Ya en el Antiguo Testamento, Dios no es sólo el Dios castigador y vengativo. En la Revelación a Moisés se dice: “Yahvé es un Dios compasivo y clemente” (Ex 34, 6). Los profetas y los salmos repiten esta afirmación sin cesar: “El Señor es compasivo y clemente, paciente y misericordioso” (Sal 103, 8; 111,4). De forma verdaderamente dramática expresa el profeta Oseas la soberanía de Dios en su misericordia, que perdona y abre al pueblo, pese a su infidelidad, un nuevo comienzo: “Me da un vuelco el corazón... pues soy Dios y no hombre” (Os 11,8s).



Absolutamente fundamental es la misericordia de Dios en el mensaje de Jesús. Pensemos tan sólo en la parábola del hijo prodigo, que sería mejor denominar parábola del padre misericordioso (Cf. Lc 15, 11-32), en la parábola del Buen Samaritano (Cf. Lc 10, 25-37) o en la afirmación de la carta a los Efesios: “Dios, rico en misericordia” (Ef. 2,4) Pensemos además en la bienaventuranza del sermón de la montaña: “Dichosos los misericordiosos” (Mt 5,7), en la afirmación: “Misericordia quiero, no sacrificios” (Os 6,6; cit. En Mt 9, 13; 12,7), o en el discurso de Jesús sobre el juicio, según el cual en el último día no contarán más que las obras de misericordia (Mt 25, 31-45).

Tanto más sorprendente es que la teología de escuela descuidara este tema y lo convirtiera en mero sub apartado de la justicia. Con ello, la teología de escuela se vio enredada en grandes dificultades. Pues si se hace de la justicia criterio supremo, se plantea la pregun-

sobre la que tienes que inclinarte para vendar sus heridas. Esa persona es para ti la clave de comprensión de la concreta voluntad divina (Cf. Lc 10, 25-37)”.

El reto de este nuevo paradigma tiene largo alcance y penetra hasta lo hondo. Si la misericordia es el principal atributo de Dios, a través de ella se replantea la más importante de todas las preguntas teológicas, a saber, el problema de Dios. En ello no podemos entrar en el presente contexto. Aquí nos interesa las consecuencias concretas a las que da importancia el Papa Francisco. La exhortación de Jesús: “Sean compasivos como su Padre celestial es compasivo” (Lc 6, 36) tiene importantes repercusiones en la configuración cristiana de la vida, mediante las obras de misericordia, tanto corporales como espirituales. De ahí que hablar de la misericordia divina no sea una bella pero inocua fórmula.

No nos mece en un sosiego y una seguridad engañosos; antes, al contrario, nos agujonea, nos persigue para que abramos nuestras manos y nuestros corazones. Pues “misericordia” significa tener un corazón para los pobres, entendidos en el sentido más amplio y abarcador de este término.

Antes de nada, hemos de fijarnos en las secuelas del discurso sobre la misericordia para la comprensión y la praxis de la iglesia. Pues si debemos ser compasivos como nuestro Padre Celestial es compasivo, eso no vale solo para el creyente individual, sino también para la Iglesia; esta es y debe ser sacramento, o sea, signo e instrumento de la misericordia divina. Y esto nos invita a volver nuestros ojos a nuestras comunidades cristianas de pertenencia y preguntarnos: si anunciamos que la Misericordia de Dios es clave para la renovación de la vida cristiana, ¿vivimos así?

Para compartir :

¿Existe un modo concreto en que yo pueda aportar a una Iglesia más misericordiosa?

¿Cuáles serían los principales obstáculos que nuestra comunidad tiene para asumir un rostro misericordioso?

mente absurdo. Lo correcto es, en cambio, concebir la misericordia, que es el atributo fundamental de Dios y la mayor de todas las virtudes (Cf. EG 37), como principio de interpretación para la jerarquía de las verdades cristianas, no para reemplazar o vaciar de contenido la doctrina y los mandamientos, sino para entenderlos y realizarlos adecuadamente en consonancia con el Evangelio.

Para compartir :

¿Tenemos alguna sospecha acerca del modo en que otros comprenden la misericordia de Dios?

Un cambio de paradigma

Esta acentuación de la misericordia como principio de interpretación fundamental puede caracterizarse también como un cambio de paradigma o modelo: desde un método deductivo a un método en el sentido de Ver-Juzgar-Actuar, que al principio procede inductivamente y solo en un segundo paso introduce criterios teológicos. Semejante cambio de paradigma puede suscitar enfados y malentendidos del estilo de los que acabamos de mencionar, como si lo afirmado hasta ahora no tuviera ya valor. Pero, correctamente entendido, el cambio de paradigma no transforma los contenidos doctrinales, sino la perspectiva y el horizonte en el que son vistos y entendidos. La nueva perspectiva la indicó ya el Papa Pablo VI cuando, en el discurso que el 7 de diciembre de 1965 pronunció en la última sesión del Concilio Vaticano II, singularizó el ejemplo del buen samaritano como modelo de la espiritualidad del Concilio.

Con esta parábola, nos dice el Papa, Jesús quiere responder a la pregunta *¿quién es mi prójimo?* Su respuesta no es deductiva, sino inductiva, en tanto parte de la situación humana concreta: “Tu prójimo es cualquier persona a la que te encuentres en una situación concreta en la que precisa de tu ayuda y tu misericordia, y

ta: ¿cómo puede ser misericordioso y perdonar un Dios justo, que está obligado a castigar el mal y recompensar el bien? ¿No representa ello una injusticia para las personas que se han esforzado honradamente por llevar una vida buena?

Siguiendo a Anselmo de Canterbury, Tomás de Aquino tuvo la genialidad de percatarse de que Dios no está atado por nuestras normas de justicia. Además de soberano, Dios es justo consigo mismo, con su esencia que es el amor (Cf. I Jn 4,8. 16). Porque Dios es amor, y en cuanto tal, fiel a sí mismo, también es misericordioso. La misericordia es el lado de la esencia divina volcado *ad extra*. Es la fidelidad de Dios a sí mismo y expresión de su absoluta soberanía en el amor.

También cabría decir que la misericordia es fidelidad de Dios a sí mismo a la par que la fidelidad de Dios a su alianza e inagotable paciencia con los seres humanos. En su misericordia, Dios no deja a nadie en la estacada; a toda persona le ofrece una nueva oportunidad y le permite comenzar de nuevo, siempre que esa persona esté dispuesta a la conversión y así se lo suplique. La misericordia divina es la justicia propia de Dios, que lejos de condenar al pecador dispuesto a la conversión, lo justifica. Pero, nótese bien, la misericordia justifica al pecador, no al pecado. El mandamiento de la misericordia quiere que tampoco la Iglesia haga difícil la vida al creyente ni convierta su religión en una esclavitud. Lo que pretende es, como dice Tomás de Aquino en referencia a San Agustín, que estemos libres de cargas esclavizadoras (cf. EG 43). La misericordia es la razón de la alegría que el Evangelio suscita en nosotros (cf. EG 2-8).

Para compartir :

¿Cómo interpreto la frase proclamada por el profeta Oseas “Quiero misericordia, no sacrificios”?

La educación religiosa que recibimos,
¿acentúa el miedo a Dios o la confianza en su misericordia?

Una novedad en los últimos Papas

Con este mensaje Francisco se sitúa en la tradición de muchos grandes santos (por ejemplo, Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Lisieux). Y para Juan XXIII la misericordia era el más bello de los atributos divinos. En su famoso discurso de apertura del Concilio Vaticano II, pronunciado el 11 de Octubre de 1962, señaló que la Iglesia, antes que seguir utilizando las armas de la severidad, debe aplicarse en la actualidad la medicina de la misericordia. Con ello Juan XXIII marcó el tono de fondo para la nueva orientación conciliar y postconciliar.

A Juan Pablo II se le reveló la importancia del mensaje de la misericordia a la vista de los horrores de la II Guerra Mundial: el holocausto, la época Nazi y el gobierno comunista en Polonia. Así, a este tema dedicó su segunda encíclica *Dives in Misericordia* (1980). Más tarde, recogiendo las sugerencias de sor Faustina Kowalska, declaró el primer domingo posterior al domingo de pascua fiesta de la “Divina Misericordia”; y en el gran Jubileo del año 2000 esta



religiosa polaca fue, programáticamente, la primera persona en ser elevada a los altares en el nuevo milenio. Benedicto XVI desarrolló y profundizó la cuestión en su primera encíclica *Deus Caritas Est* (2005).

El Papa Francisco vuelve a vincular continuidad con novedad, cuando se trata de la aplicación pastoral concreta. A los jóvenes argentinos, les dijo, sin ningún tipo de rodeos, el 25 de julio del 2013 en Río de Janeiro: “Mira, lee las bienaventuranzas, que te van a venir bien. Y si quieres saber qué cosa práctica tenés que hacer, lee Mateo 25, que es el protocolo con el cual nos van a juzgar. Con esas dos cosas tienen el programa de acción: las bienaventuranzas y Mateo 25. No necesitan leer otra cosa. Se lo pido de corazón.”

Para compartir :

A la luz de lo antes señalado, ¿cómo le explicarías a un joven qué es la misericordia de Dios?

¿Qué nos parece aquella afirmación del Papa Francisco de lo esencial que son las Bienaventuranzas y Mateo 25 en la vida de un cristiano?

Sospechas ante la misericordia de Dios

A pesar de esta inequívoca fundamentación en la Escritura y la tradición, el discurso del Papa sobre la misericordia aún les resulta sospechoso a algunos. Confunden la misericordia con el superficial *laissez faire*, es decir, con un simple “dejar hacer”. Y en cuanto oyen hablar de misericordia, sienten que con ello se está fomentando una débil condescendencia pastoral y un cristianismo *light*, un ser cristiano a precio de saldo. Así, ven en la misericordia algo así como un “suavizante”, que vacía de contenido los dogmas y mandamientos y deroga el significado central y fundamental de la verdad. Este es un reproche que en el Nuevo Testamento le hacían los fariseos a Jesús. La misericordia de Jesús los sacaba hasta tal punto de quicio que decidieron matarlo (Cf. Mt 12, 1-8.9-14). Ello constituye, además, un burdo malentendido del profundo sentido bíblico de la misericordia. Pues la misericordia es una verdad revelada fundamental y un exigente y retador mandamiento de Jesús. Guarda una relación intrínseca con las demás verdades reveladas y mandamientos. Entonces, bien entendida, ¿cómo va a poner en cuestión la verdad y los mandamientos? Tampoco anula la justicia sino que la aumenta. Es la justicia mayor sin la cual nadie puede entrar en el cielo (Cf. Mt 5, 20). De ahí que contraponer la misericordia a la verdad o a los mandamientos, utilizándola contra ellos, sea teológica-